

Clarín

Suplemento Cultura y nación

Domingo 03 de diciembre de 2000

EN LOS 25 AÑOS DE LA MUERTE DE HANNAH ARENDT

Una historia alemana

Murió el 4 de diciembre de 1975. En su intensa vida, buscó siempre desmarcarse, alejarse de los rótulos. Para algunos fue una conservadora, para otros, una izquierdista. Y para los alemanes fue una molestia testigo, por su tenaz indagación del pasado alemán.

WOLFGANG HEUER

NOTAS RELACIONAD

A diez años de la reunificación, a 55 años del fin de la Segunda Guerra y a 25 años de la muerte de Hannah Arendt, el significado de su obra sólo puede comprenderse teniendo en cuenta la evolución política y cultural de Alemania a partir de 1945, y por ende, la historia de la relación entre Alemania y Arendt. Nacida y educada en Alemania, profunda conocedora de la filosofía y la literatura germanas, Hannah Arendt era una judía alemana asimilada. En una entrevista televisiva realizada en 1964 en Alemania se le preguntó qué quería conservar de los tiempos previos a la Segunda Guerra. Arendt respondió: "Nada, salvo la lengua materna". De hecho, hablaba y escribía en inglés, pero valoraba en extremo el idioma alemán.

Arendt pertenecía a la generación de los jóvenes líderes del partido nacionalsocialista: Eichmann tenía la misma edad, Speer y Goebbels le llevaban pocos años. Tras la guerra, la conducción nazi fue destituida y la mayoría de los opositores había sido asesinada, de modo que de esa generación prácticamente sólo quedaban los complacientes; ellos reconstruyeron el país y le dieron su impronta cultural. En ese contexto, la evolución intelectual de Arendt no podía ser más dispar. No contraria en el sentido de un rechazo que mantiene elementos de lo rechazado, sino llanamente diferente en todo lo esencial. Tanto para Arendt como para Alemania, el interrogante de partida era el mismo: ¿cómo es posible una vida que respete la dignidad humana después del nacionalsocialismo y el Holocausto? En Alemania la respuesta se articulaba en el nivel político: había que crear una organización republicana que volviera casi imposible un retorno a la dictadura y que permitiera una vida liberal y bastante apolítica, dedicada al trabajo y al consumo. En el nivel social la respuesta era el silencio: volver a la normalidad como si nada hubiera sucedido. Arendt describe esa mentalidad en un relato de su viaje a Alemania en 1950:

"No hay lugar donde se perciba menos la pesadilla y el espanto, donde se hable menos de eso que en Alemania. Por todas partes llama la atención que no haya reacción a lo sucedido (...) En medio de las ciudades en ruinas, los alemanes se envían postales de iglesias y plazas, de puentes y edificios que ya no existen. La indiferencia con que se mueven entre los escombros encuentra su correspondencia en que nadie llora a los muertos (...) Cuando uno ve que los alemanes, en pleno trajín, avanzan atropelladamente por las ruinas de su historia milenaria, que se irritan cuando se les recuerda las atrocidades que el resto del mundo no puede olvidar, entiende que ese trajín es su principal arma para rechazar la realidad".

Con la división de Alemania y la Guerra Fría se intensificaron aún más los intentos por alejar la atención de las propias acciones. La represión de la memoria, el oportunismo y un Estado autoritario signaron a Alemania en los 50 y 60. Esos rasgos, también notables en la Alemania comunista, no cambiaron mucho hasta 1989.

Si Arendt se enfrentaba a esa Alemania con distancia y escepticismo, también Alemania se mostraba distante y escéptica frente a Arendt. Su libro **Los orígenes del totalitarismo**, publicado en 1955 en alemán, fue leído como una polémica contra los países stalinistas y socialistas. El libro sobre **Eichmann en Jerusalén** (1964) fue rechazado con penosa turbación, porque la tesis de la banalidad del mal volvía absurda la cómoda demonización de los nazis. Ese libro apareció cuando tenían lugar en Alemania una serie de procesos contra supervisores de los campos de concentración e integrantes de la SS. Tras la guerra, esos victimarios habían trabajado de policías o empleados; encarnaban esa banalidad del mal escondida tras el rostro amable del vecino de al lado. A diferencia de otros exiliados como Adorno y Horkheimer, Arendt no había vuelto a Alemania salvo para un par de viajes privados; por eso el libro fue recibido como una acusación lanzada desde el exterior contra la mayoría de la población. Una mayoría que prefería evitar reconocer la propia culpa mediante un agotado debate sobre el punto final, la proscripción de los crímenes.

Por el contrario, fue positiva la recepción de **La condición humana**, donde Arendt criticaba la sociedad de trabajo y de consumo y su carencia de sentido. Su publicación coincidió con debates en que se discutía la modernización, las teorías del progreso y lo que se había dado en llamar la norteamericanización de Alemania. Pero al mismo tiempo, esa obra de Arendt se oponía al pesimismo cultural que se articulaba en Alemania desde el 1900 como crítica de la civilización, la modernidad y la vida urbana, corriente que tuvo un importante papel en el colapso de la democracia alemana a fines de los años 20 por su visión antioccidental y antidemocrática.

Fue debido a la negativa a enfrentarse con el pasado reciente y al escepticismo frente a la cultura y la política de Occidente que las verdaderas preocupaciones de Arendt no se tomaron en cuenta. Casi nadie retomó su concepto de ruptura de la tradición del pensamiento político y filosófico; casi nadie comprendió que no buscaba articular una crítica, sino aportar ante todo una nueva definición positiva en cuyo centro ponía al ser humano concebido en términos positivos, humanistas, es decir no abstractos, sino

concretos: la persona en una relación consigo misma y con sus congéneres signada por la plena dignidad. En **Los orígenes del totalitarismo** y **La condición humana** hay dos conceptos que revelan cuál era el rumbo que tomaba Arendt. Primero, su descripción del estado de soledad como la experiencia fundamental de los seres humanos bajo el totalitarismo. Con esa noción ponía en el centro de sus reflexiones a los hombres, sus necesidades y sus acciones. Y rechazaba las explicaciones conductistas o psicológicas tan en boga por entonces. Segundo, su descripción de la acción como actividad plena de sentido y libre de finalidad a la que diferenciaba de la labor y del trabajo; con ello Arendt buscaba una justificación de una vida activa en libertad en la que las personas pudieran encontrarse con dignidad consigo mismas y, al mismo tiempo, con sus prójimos.

Por último, también en materia de trabajo científico su manera de pensar y de escribir se diferenciaba por completo del estilo dominante en Alemania. El carácter abierto y a menudo inconcluso de su pensamiento, la disposición dialógica de su escritura, la combinación de corazón y razón, la transgresión de los límites de las disciplinas científicas, no sólo se oponía a las metodologías y formas de pensar predominantes en las ciencias sociales, sino ante todo a la tradición idealista alemana. Desde esa perspectiva idealista Arendt no pertenecía ni a la ciencia política ni a la filosofía ni mucho menos a la historia o la literatura. En esas disciplinas era y sigue siendo considerada una pensadora interesante, pero sin rigor científico.

Al rechazo de Arendt por parte de la primera generación le siguió el de la segunda; es decir, la de los nacidos entre 1939 y 1948. Un sector de esa generación inició y protagonizó el movimiento estudiantil de 1968. Se rebeló ante el silencio, el oportunismo y el Estado autoritario; exigió de sus padres una discusión moral que no ocurrió; se indignó por su adaptación acomodaticia y por su apoyo acrítico a la guerra de Vietnam y a la política frente a los palestinos. De allí surgió una revuelta que apostaba a la resistencia y la polarización; que interpretaba la política como expresión de una lucha social y económica por el poder, y a los individuos, como guiados por intereses particulares.

Para esta generación, el libro sobre el totalitarismo era una justificación perimida de la Guerra Fría; su libro sobre la revolución idealizaba los EE.UU. y condenaba a los movimientos de liberación, y el libro sobre la sociedad de masas, **La condición humana**, no era suficientemente radical. En aquellos tiempos, las obras de Adorno y Horkheimer eran mucho más importantes que cualquier escrito de Arendt. Si se compara hoy la **Dialéctica de la Ilustración** o la **Dialéctica negativa** con los textos de Arendt es evidente que Adorno estaba mucho más ligado a la filosofía idealista, se mantenía más lejos de la política y estaba imbuido de un pesimismo mucho más generalizado. Donde Adorno se dedica a la negación determinante, Arendt esboza la posibilidad del hacer, de un nuevo comenzar; mientras Adorno se repliega en la autonomía del sujeto, Arendt describe un mundo que sólo surge entre los hombres.

Si esa segunda generación no sabía qué hacer con Arendt, Arendt tampoco estaba de acuerdo con la teoría crítica y con el movimiento estudiantil alemán. Tenía en alta estima los movimientos por los derechos civiles y por la libre opinión pero advertía acerca de los rasgos destructivos del movimiento estudiantil: "Lo más cuestionable de esos movimientos" decía en 1970, "es la particular desesperación que los embarga, como si ya supieran de antemano que serán batidos a golpes. Es como si se dijeran: Al menos queremos haber provocado que nos batan a golpes: no queremos ser inocentes como corderos. Hay algo de locura suicida en estos niños que tiran bombas".

La relación con Arendt cambió sólo en los años 80, tras su muerte. En esos años, los más jóvenes desarrollaron una nueva concepción de la política que en un principio se difundió sólo en los circuitos opositores. La conciencia de la normalidad de vivir en una sociedad civil significó dejar atrás el pensamiento autoritario de un Estado verticalista y creó un espacio político de mayor horizontalidad. La participación política dejó de consistir en la resistencia de ciertos grupos para ser equiparada con una coalición voluntaria y nada extraordinaria en aras de la acción conjunta.

Sin embargo, esa creciente autonomía política fue entrando en conflicto con el sistema anquilosado de la democracia partidaria. Desde fines de los 80 se observa un hartazgo político que no supone un rechazo de la política sino de la forma en que se la ha ejercido hasta ahora. Los 18 años que el canciller Kohl permaneció en el poder demostraron esos aspectos negativos: el centralismo en el seno del partido, la falta de promoción de los políticos jóvenes de ambos géneros, la permanente preservación del poder hacia afuera y la retórica de las promesas poco creíbles.

Esta sucinta descripción revela puntos de contacto con Arendt: su crítica de los aspectos negativos de la democracia partidaria, su rechazo de la política como mera conquista del poder, sus advertencias sobre las ominosas consecuencias de la mentira en la política, su alegato en favor de una participación de vasto alcance y finalmente su imagen del espacio político como trama que constituyen las relaciones entre las personas.

Con el fin de la división de Europa y la reunificación alemana, en 1990, continuó la expansión de la sociedad civil, pero también se inició un vertiginoso proceso de transformaciones económicas y tecnológicas que volvió tanto más acuciante la cuestión de la misión de la política. Desde la creación de la República Federal de Alemania en 1949, el sistema político y económico se basó en dos pilares fundamentales: la integración de la política en el sistema de alianzas de Occidente (lo que a su vez supuso subordinarse a la política exterior de los EE.UU.) y una estructura económica y política orientada por el principio del Estado social. El fin de la división europea y la reunificación alemana hicieron tambalear ese sistema y volvieron acuciante la necesidad de redefinir qué significan hoy la política y la acción política. Es decir, se plantean cuestiones que Arendt puso en el centro de sus reflexiones: ¿qué es la política? ¿Cómo es la relación entre lo social y lo político? ¿En qué se basa la república? ¿En qué se

diferencia la república del Estado-nación? ¿Cuáles son las amenazas que genera la democracia? O sea que Arendt fue una verdadera adelantada a su época.

A pesar de eso, las publicaciones sobre Hannah Arendt en Alemania no están demasiado avanzadas. Arendt fue objeto de atención pública por su correspondencia con Jaspers, Mary McCarthy y Heidegger en tanto una de las pocas mujeres que se sentía a sus anchas en el pensamiento filosófico y político de este siglo. Es por eso que también se tradujeron inmediatamente al alemán el cuestionable trabajo de Elzbieta Ettinger sobre la dependencia personal que unía a Arendt con Heidegger y la novela **Martin y Hannah** de la francesa Catherine Clément. En comparación con lo que sucede en Alemania, el interés más exhaustivo y de larga data que Arendt suscita en los EE.UU. y en Francia, llevó a un mayor nivel de la reflexión sobre su obra. Cabe mencionar el texto de Dana Villa, **Arendt and Heidegger**; el estudio de Hannah Fenichel Pitkin, **The Attack on the Blob**; en Francia, el libro de Etienne Tassin **Le Trésor Perdu**, entre muchos otros.

Ahora bien: ¿cuál puede ser el sentido de una reflexión sobre Arendt en el próximo tiempo? Tengo para mí que puede aportar tanto a la teoría política como al campo práctico. Arendt disuelve la rígida división entre discurso académico y práctica. No porque homologue la acción y el juicio, sino porque establece una nueva definición de vida contemplativa y vida activa desde las relaciones entre las personas, desde la búsqueda del sentido.

Hoy la posmodernidad nos acerca a Arendt por su rechazo de las jerarquías y las verdades inmutables, por la horizontalización de la sociedad y por el surgimiento de la sociedad civil. En su crítica de la modernidad, vale decir de la sociedad de masas, del liberalismo apolítico y de la sociología antipolítica, Arendt no era una nostálgica de la Antigüedad sino una posmoderna en un sentido específico.

Wolfgang Heuer es editor de la revista académica Hannah Arendt Newsletter y autor de varios libros sobre su obra. Este texto es una versión editada de la ponencia presentada en el Goethe Institut de Buenos Aires en el coloquio "Hannah Arendt: Estado, memoria y totalitarismo".

Traducción: Silvia Fehrmann